



Melancolía y humor, ¿una salida de “la filosofía del sujeto”? Réplica a la ponencia de Mariano Rodríguez*.

Melancholy and humour: a solution to “the philosophy of the subject”? Reply to Mariano Rodriguez paper.

Raquel Montes Callabed**
raquel_montes_callabed@hotmail.com

DOI: 10.5281/zenodo.10822

Resumen: Réplica al artículo anterior titulado “Reírse del infierno” y publicado en este mismo número.

Abstract: Reply to the above article entitled “Laughing from hell”, published in this Issue.

Palabras clave: humorismo; tragedia; Dionisos; juego.

Keywords: Humor; Tragedy; Dionysius; play.

* El artículo recoge la exposición realizada en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid en la sesión del SNC el 24 de septiembre de 2012.

** Española. Licenciada en Filosofía por la Universidad de Barcelona, ha obtenido la suficiencia investigadora en la Universidad Complutense, y actualmente se encuentra realizando una tesis doctoral titulada “Aspectos nietzscheanos de la concepción freudiana de lo subjetivo. Hacia una filosofía de lo no idéntico”.

-1-

Preguntarnos qué es lo que se juega en la risa y plantear la pregunta desde una voluntad filosófica como la que se expresa en este texto, supone una forma muy determinada de entender nuestra realidad, de vivirla y de tratar de hacer algo en ella; no a pesar de la situación que estamos viviendo, sino motivados por la intención de adentrarnos en ella en búsqueda de una propuesta. Ahondar en las alternativas que la filosofía contemporánea puede ofrecer a la hora de buscar salidas a “la filosofía del sujeto” lleva así hacia el tratamiento de unos contenidos cuya complejidad se hace tan evidente, como urgente nos está pareciendo a algunos revisar y dar respuesta a las cuestiones que se apuntan desde este planteamiento de las relaciones existentes entre subjetividad, filosofía y posicionamiento vital. El enfoque que aquí se esboza parte de la voluntad de una respuesta que, dada la naturaleza de las preguntas que suscitan su necesidad, requiere también de un acto, de un gesto, de una actitud, si es que hay alguna respuesta que no remita a la acción que la impulsa y la expulsa de sí misma.

Suscribiendo las teorías filosóficas que a día de hoy siguen defendiendo las formas de vida inherentes a esta concepción de los vínculos entre realidad, acción, comprensión y palabra, en el texto de Mariano Rodríguez encuentro el señalamiento de un gesto. Una actitud que, al darle nombre y argumento, podemos incorporar a nuestro quehacer más cotidiano: ¿la risa? Sin posicionamiento previo y sin adscripción alguna a escuelas, lemas o terminologías, sin saber en un primer momento de qué reírnos ni por qué, *reír* puede ser un modo de introducir en nuestro discurso filosófico un encadenamiento de preguntas que, procediendo de la modernidad, está por ver hasta qué punto han sido respondidas o siquiera comprendidas. Comprender una pregunta es ya empezar a responderla en cierto modo pero, a menudo, ni siquiera eso logramos. Pese a esta torpeza, la situación que estamos viviendo precisa de alternativas para la no resignación y *Reirse del infierno* apunta hacia una alternativa con la que defender el sentido que aquí podría estarse reclamando, abordando las funciones que *el humorismo y la tragedia* podrían desempeñar a la hora de asumir un gesto semejante ante la vida y la filosofía. A eso nos llaman propuestas como la nietzscheana y en definitiva, la vida, siempre y cuando poseamos el valor de afirmarla, en su verdad y en su riesgo. En eso que nos responsabiliza, no sólo de la valoración, sino también de la creatividad que habría que ser capaz de defender para que hablar de “valores” y actuar en consecuencia pueda seguir teniendo algún “valor” en nuestros días. Dada la característica polisémica del término, aquí es oportuna la redundancia: hay que tener valor para el valor. Nos colocamos ante un abismo, en un abismo que, si bien nos condiciona, está por ver hasta qué punto es lícito permitir que nos paralice y que destruya con eso el núcleo de aquello en lo que para algunos surgió lo propio del ejercicio filosófico, del derecho a la filosofía: la libido, el deseo, la voluntad. Se trata de algo que en términos

freudianos y del Freud que en estos momentos están trabajando filósofos como A. Honneth¹, podría seguir dándonos ese “instinto”, ese empuje, esa *pulsión* (Trieb) que es necesaria para seguir investigando y para abrir el diálogo y la comunicación.

¿Cómo reírnos de la infelicidad del hombre justo?- Cuando tenemos en cuenta su *infelicidad* puede parecer absurdo e incluso doblemente injusto. Acercarse a Nietzsche a través de “una risa” que tiene enfrente nada más ni nada menos que el infierno, lo terrible, lo insoportable, nos lleva así a considerar lo sublime del humor, poniendo en relación dimensiones que, en continuidad con el trabajo con los textos de Nietzsche que aquí se ensaya, también serían afines a las elaboraciones realizadas por Freud en investigaciones como las llevadas a cabo en 1914 en torno a los vínculos existentes entre narcisismo, melancolía y procesos de idealización. En línea con lo señalado por Honneth, la relación existente entre los aspectos pre-psicológicos de lo subjetivo y el posicionamiento frente a las filosofías de la consciencia reclamado por filósofos como Habermas en sus críticas a la modernidad² abren la reflexión sobre la modernidad hacia un estudio en el que el cuestionamiento sobre lo psíquico coincide con las preguntas contemporáneas sobre el estatuto de la subjetividad. Hallamos indicios para el desarrollo de este planteamiento en numerosos momentos del texto de Mariano Rodríguez, como cuando haciendo referencia a Schopenhauer se alude a *la risa* como a algo en lo que se evidencia “un conflicto entre lo pensado y lo intuido”, “una impotencia de la razón frente a lo real” en la que se constata “una incongruencia entre el pensamiento y la realidad”³. Con Nietzsche y con la lectura que puede proponerse a partir de este texto se nos plantea también la pregunta de si este *conflicto* y esta *incongruencia* no señalan algo a lo que el actual ejercicio filosófico debería enfrentarse. Si asumimos ese reto podemos estar en condiciones de entender cómo la filosofía nietzscheana apunta hacia una

¹ HONNETH, Axel: *Patologías de la razón*. Madrid: Trotta, 2007.

² HABERMAS, Jürgen: *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid: Taurus 1989. Aludiendo al posicionamiento que se realiza en este texto, nos estamos refiriendo también a la crítica llevada a cabo años antes por Habermas en *La crítica nihilista del conocimiento en Nietzsche. Refiriéndose a esta línea crítica*, Mariano Rodríguez propuso en 2008 una vía de reflexión sobre la crítica a Nietzsche que aquí se plantea: M. RODRÍGUEZ, *El Cuerpo que somos: una aproximación a la filosofía nietzscheana de la mente*. Servicio de Intercambio Científico de la Universidad de Santiago de Compostela: Ágora. Papeles de Filosofía, Separata.

³ Encontramos un exhaustivo trabajo de las connotaciones que esta “incongruencia” adquiere en la evolución de la obra freudiana en RODRÍGUEZ, Mariano, *El niño acorralado. Freud y el discurso de la modernidad*. Madrid: Ediciones Libertarias 1994. En el sentido del ejercicio filosófico que se trabaja en esta obra prevalecería una curiosa similitud con el gesto de “la risa” que aquí se está comentando: *Por eso resulta cada vez más improbable el nacimiento del auténtico filósofo, como mucho se trata sólo de gente que le ha encontrado gusto a hablar y a escribir, y nos atonta más y más: dando nacimiento a la ilusión de llevarnos al centro de nosotros mismos, la morada del puro azar, nos conducen en realidad al reino gris de la indiferencia y la efusión edificante, donde todos los deseos acabarán al fin siendo el mismo, esto es, dejarán de ser*. RODRÍGUEZ, Mariano, *El niño acorralado. Freud y el discurso de la modernidad*. Madrid: Ediciones Libertarias 1994, pág. 178.

práctica, un testimonio, un “llegar a ser”, *devenir* conflicto, incongruencia. Constantemente en acto, bajo sospecha y sospechando ante todo de nosotros mismos y, especialmente, de todo aquello que podría obstaculizar este propósito: siendo y no siendo a un mismo tiempo voluntad, tarea, palabra propia.

En el pensamiento y a pesar de él, decir: yo soy, yo quiero, deseo, entiendo. Sabiendo que nada de eso nos es dado, ni el yo ni el querer ni el deseo, pero haciendo uso a la vez del derecho que nos proporciona esa rara sabiduría que es para muchos la condición de un saber que, a pesar de lo que sabe y de lo que ignora, todavía pretenda defender alguna posibilidad de hacer que la voluntad que mueve un empeño semejante sea comunicable, transmisible, palabra, acto, vida. La realidad y lo pensado, lo pensado y lo intuido plantean a quien así decide vivir un conflicto, *una incongruencia* en la que el pensamiento corre el riesgo de anularse a sí mismo y en sí mismo, ¿pero no es eso también la risa?

-2-

Numerosos sistemas filosóficos dan cuenta de ello y de alguna manera la historia de la filosofía moderna es un intento de salir del círculo en el que Habermas insistía en los años sesenta que quedó consumada la misma filosofía de Nietzsche⁴; el círculo en el que el pensamiento queda encerrado en el imperativo de responder con un “sí ” o con un “no” a la opción de negar el poder afirmativo del pensamiento o de afirmarse a uno mismo: el nihilismo o el subjetivismo, la nada o el yo. Dada la falta de libertad con la que nuestra inteligencia y nuestra voluntad de filosofía podrían verse mermadas si cedemos a este mandato, no es arbitrario proponer una respuesta a críticas como la de Habermas desde los mismos textos de Nietzsche. Hacerlo desde “la risa” no es una idea nada descabellada, bien al contrario, sigue una línea que llevó a Freud a hallar en el humor una salida a las consecuencias de la melancolía y de los cuadros clínicos en los que se evidencian los riesgos que algunas palabras implican cuando, además de ser pensadas, son vividas por quien posee la valentía para querer hacerlo y sostener lo que eso implica.

Avanzando en un argumento similar, hallamos en el texto de Mariano Rodríguez claves de cómo el entender la alternativa de *lo sobrehumano*, en tanto respuesta al resentimiento, podría ofrecernos la posibilidad de ensayar una salida frente a los riesgos a los que se enfrenta el difícil discurso de quien insiste en esforzarse en pensar lo impensable, en realizar lo imposible, crear de la nada, invertirla, superarla sin dejar por ello de asumirla y de asumírnos en ella. Todo ello insistiendo en lo que ahí se constata a través de un ejercicio filosófico del

⁴ HABERMAS, Jürgen: *La crítica nihilista del conocimiento en Nietzsche*. En *Sobre Nietzsche y otros ensayos*. Madrid: Tecnos 1982.pág. 15.

pensamiento en el que no se obvian las urgencias que la realidad opone a sus intuiciones y a esas “abstracciones”⁵ a las que hoy en día algunos intentan relegar despectivamente la función que la filosofía podría seguir desempeñando. Un quehacer que no tiene por qué estar alejado no sólo de la realidad sino también de aquello mismo que nos hace posibles en ella como seres capaces de pensamiento y, por lo tanto, de acción y de transformación en lo que hay y en lo que somos: animales, a pesar de todos los fracasos de esa razón con la que alguna vez nos creemos en el derecho de nombrar el mundo y de nombrarnos en él, algunos demasiado a menudo, demasiado “humanamente” (*Menschliches, Allzumenschliches*). - ¿Y si los animales también se ríen, especial y particularmente de nosotros, de nuestros intentos de simular no serlo y de la ingenuidad con la que nos creemos ese simulacro? - Junto a propuestas como las esbozadas por Derrida en numerosos escritos⁶ e intervenciones, *reírnos del infierno*, poner, dar humor – *tiempo* - a la tragedia, podría indicar cómo la respuesta del resentimiento no tendría por qué ser el único modo de posicionarnos ante testimonios como los expresados por Nietzsche y su incesante búsqueda de “el médico filósofo”⁷. El humor se concebiría entonces como una vía de respuesta a esa opción del resentimiento que bloquearía el deseo nietzscheano de lo sobrehumano haciendo que quede apresado en el nihilismo y sus secuelas. Instándonos a oponernos a ese riesgo de bloqueo y enlazando con el momento del pensamiento freudiano anteriormente mencionado, se traza aquí un horizonte de cuestionamiento en el que podemos plantearnos en qué medida la melancolía no estaría ofreciendo también una forma de salir del colapso que se da entre realidad, voluntad y deseo. Los hilos que vertebran este argumento se anudan en este nexo, difícil de entender, de expresar y de vivir y del que sin embargo, tantas producciones filosóficas y literarias vienen dándonos testimonio.

Las preguntas sobre las relaciones entre subjetividad, sociedad y diálogo se aúnan aquí con la urgencia de hallar y defender los espacios que son necesarios para lenguajes capaces de dar lugar a la comunicación y también a sus silencios. ¿No sería a esa necesidad a la que responde y de la que nos compensa a veces *el humorismo* al que se refiere Mariano Rodríguez en su texto, consolando al hombre justo de su infelicidad y haciéndolo sin religión, sin credos, sin promesas de eternidad, sino solamente en el tiempo, en el momento que dura una risa? No hay nada eterno, ni siquiera la infelicidad lo es, de eso nos reímos cuando, aunque no podamos comprenderlo, sí sabemos por unos minutos, lo experimentamos, lo sentimos: el absurdo es lo más real. Eso no tiene por qué ser trágico, ni siquiera necesariamente impensable o inexpressable, el gesto de la risa lo evidencia, y con ello *la risa dionisiaca* nos concede también un logro. Abordamos, damos el paso –

⁵ HABERMAS, Jürgen: *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid: Taurus 1989, pág. 225.

⁶ DERRIDA, Jaques, *El animal que luego estoy si(gui)endo*. Madrid: Trotta 2008.

⁷ NIETZSCHE, Friedrich: *La ciencia jovial, Obras, Vol. I*, Madrid: Gredos 2009; pág. 560.

devenimos – una tarea, “una misión” (Aufgabe), desde la que podríamos hallar salidas a ese *subjetivismo* al que Habermas parece relegar algunas de las propuestas que podríamos extraer de los textos nietzscheanos. Más allá de “la mala inmadurez”⁸, a lo que aquí se nos invita, no es a la complacencia en la confusión de la que hace gala el imbécil, sino que “reírnos” del infierno, de la realidad y sus tragedias, entraña no sólo un ejercicio de estilo sino también el acto de mostrar que estando las cosas como están, la melancolía puede ser un tránsito si somos capaces de extraer el impulso idóneo de la naturaleza propia de sus estados⁹. El melancólico no es infeliz, no es sólo eso y ésta no es siquiera la causa ni la consecuencia del dolor que le escinde. Más allá del terreno de las psicopatologías, la mirada y la pregunta filosófica nos permite entender en qué grado el melancólico es también algo menos y algo más que “un infeliz”. Si somos capaces de devolverle al melancólico algo de esa idea de la que se priva podemos salvar en él aquello de lo que nos habla su inteligencia y su justicia, sus *quejas* siendo “querellas”¹⁰. Prueba de ello es que más de una década después de este trabajo de Freud con la melancolía y tras la profundización en la instancia psíquica que en ella se pone de manifiesto, en su artículo sobre *El humor* se hará referencia a un modo en el que, “sirviendo a una ilusión” y con la mediación del humor, el superyó hablaría al yo de *manera cariñosa y consoladora*¹¹. ¿Por qué no?, la superficialidad no es necesariamente frivolidad, no tiene por qué agotarse en ella, también puede ser una máscara *amada* por lo profundo. He escuchado decirlo a muchas personas ajenas a los ámbitos académicos de estudio la primera vez que leyeron a Nietzsche, haciéndolo de la forma y en el momento adecuado, conectados y conectándose con sus vidas, sus preguntas, con su infelicidad y su deseo de dejar de estarlo: – pero si esto dice cosas que me han pasado a mí, si esto es lo que yo pienso, ¿por qué nadie me lo había dicho antes?–

Ese momento, esa certeza, sí puede darse, hay una concepción y una vivencia de lo filosófico que permite favorecerlo y quizás si la filosofía actual no logra estar a la altura de esta posibilidad, está dando la razón a quienes tratan de condenarla a la desaparición arguyendo que “no sirve para nada”. En contra de lo que pudiera parecer, llegamos así a un “optimismo”, una apertura, una salida que,

⁸ RODRÍGUEZ, Mariano: *El niño acorralado. Freud y el discurso de la modernidad*, Madrid: Ediciones Libertarias 1994, pág. 184

⁹ Por motivos de extensión no se profundiza aquí en la investigación realizada por Freud a este respecto a partir de los hallazgos obtenidos en *Introducción del narcisismo*. Remitimos por ello a *Duelo y melancolía* a quien desee profundizar de forma más minuciosa en el contrapunto que aquí está entrando en juego cuando ponemos en relación los estados del humor y de la melancolía. S. FREUD, *introducción al narcisismo* / FREUD, Sigmund: *Duelo y melancolía*. Buenos Aires: Amorrortu Editores 2000. Obra Completa, Vol. XIV

¹⁰ FREUD, Sigmund: *Duelo y melancolía*, Buenos Aires: Amorrortu Editores 2000. Obra Completa, Vol. XIV, pág. 246

¹¹ FREUD, Sigmund: *El humor*. Buenos Aires: Amorrortu Editores 2000. Obra Completa, Vol. XXI, pág. 162

corrigiendo también el pesimismo al que obras como la de T. W. Adorno tienden a verse reducidas, plantearía otras posibilidades de salida a un *conflicto* que deberíamos reflexionar hasta qué punto no es tanto una conclusión como la condición de cualquier intento de razonamiento: un impulso a seguir pensando y pensándonos en relación con lo que hay, en el infierno, desde la risa y en el llanto. Y con ello también, “más allá” de todo eso, “superando” *lo humano* en el sentido nietzscheano de estos términos y llegando a lo más humano, a lo que podría ser su condición. Como hemos dicho y desde aquello en lo que estamos insistiendo hasta la reiteración se trata de un tránsito que habría que hacer: desde la risa y también desde el llanto, hacia una posibilidad de seguir pensando y ejerciendo la acción del pensamiento.

-3-

Muy pronto en mi infancia vi por primera vez a los barrenderos quitando la nieve con unas ropas delgadas y raidas. Cuando pregunté se me comentó que eran hombres sin trabajo a los que se les daba esa ocupación para que se ganaran el pan. “Bien está entonces que se pongan a quitar nieve”, exclamé furioso, y al pronto rompí a llorar desconsoladamente¹².

Pienso en el Niño-Adorno, tras años de estudio podría aventurarme a decir que le imagino, le veo, observando, preguntando, exclamando, callando, “desconsoladamente” (*fassungslos*). Al borde de la ira, el espasmo y la parálisis, llorando. Y de pronto, en la línea de lo que entiendo que escritos como el de Mariano Rodríguez pueden proponernos, me pregunto si no podría haber una alternativa para ese *niño* crítico, filósofo: ¿prevalecer en un llanto desconsolado y furioso o dejar ser, dar el tránsito, del narcisismo al humor? A un humor que al ser ejercido hace que triunfe aquello en lo que en 1927 Freud había cifrado “el valor opositor” de esta actitud, este gesto, esta propuesta frente a la que el animal, lo animal que somos y que habita en nosotros, sonríe, se ríe del infierno y así, recupera su ahora, más allá y más aquí del padecimiento y de la compulsión. Ahí, así, como Zaratustra estaba llamado a hablar, una vez desentrañado lo que todavía no había nacido en la tragedia. Hay una espera en la desesperanza, igual que puede haber un consuelo en todo llanto que es capaz de ir más allá de sí mismo, a pesar y más allá de su tristeza, riendo.

¹² ADORNO, Theodor, *Minima moralia*, pág. 191